



Latitud 27

Revista de artes y ciencias sociales

Universidad Nacional de Santiago del Estero

Nº 1, Invierno 2022, Santiago del Estero, Argentina

<https://latitud27.unse.edu.ar>

Larga, intensa y serena

Alvaro Ramos

—¿Cómo te gustaría fuera tu vida?, preguntó el Espíritu de la Luz al alma que iba a encarnarse en un cuerpo fresco para iniciar el periplo de una nueva vida.

—Larga, intensa y serena —contestó el alma.

—¡Qué así sea! —dijo el Espíritu. Tienes ya todos los atributos para ello. Úsalos para el bien, y lo soltó, soplándolo en la matriz donde un embrión anidaba y lo esperaba.

Guillermo se apeó del ómnibus justo en la esquina de 18 de Julio y Tristán Narvaja, frente al bar Gran Sportman, establecimiento muy frecuentado por los estudiantes de la Facultad de Derecho y por los aspirantes a serlo, estudiantes secundarios del Instituto Vásquez Acevedo, más conocido en el ambiente estudiantil como IAVA, un moderno centro educativo donde los jóvenes montevidianos asistían a los cursos preparatorios de las más diversas disciplinas.

Guillermo se bajó del ómnibus con plataforma abierta, como interpretando una figura de ballet, dejándose caer, mirando hacia adelante y con el cuerpo inclinado hacia atrás casi cuarenta y cinco grados, balanceando graciosamente sus brazos para guardar equilibrio, y como si quisiera elevarse e interpretar un *pas de deux* en plena avenida. Pisó el asfalto de la calzada dando unos saltitos graciosos hacia atrás para reducir la inercia con que el vehículo lo depositó en la calle.

Ni bien recompuso el paso normal y subió a la acera, un radar amoroso descubrió a Tulita tomando un café cortado con una media luna en el Gran Sportman. Entró al local por la puerta ubicada a las espaldas de Tulia y se acercó con sigilo.

—¡Hola, morocha! ¡Me pierden el brillo de tus ojos negros y el rojo carmesí de tu boca de fresa! Son imanes irresistibles para mis deseos. Me lancé del autobús solo para gozar de esas joyas que se ofrecen tras el escaparate de tu alma.

Le espetó semejante parrafada, entre cómica y cursi, parado a sus espaldas. Tulita levantó la vista dándose vuelta y lo miró arrobada de amor a la vez que sus mejillas se encendían y su mano se alzaba lánguidamente hacia atrás buscando los dedos de Guillermo. Los encontró y, sin mirarlo, tomó su mano y la apretó fuerte. Otra vez, como en una escena de una obra de ballet urbano, o quizás interpretando a un torero ensayando su más grande verónica final, se quitó el sobretodo, lo colgó en su brazo izquierdo a modo de capa taurina y con su mano derecha tomó el mentón de Tulita y en una reverencia teatral acercó su cara y la besó en los labios saboreando en sus papilas aquel gusto a fresas que él ya había intuido, provisto por Elizabeth Arden o Estée Lauder; vaya a saber cuál de las marcas de moda lucía Tulita aquella tarde.

Fue un beso fugaz pero húmedo. Intencionalmente, la punta de su lengua lamió suavemente los labios carnosos de Tulia, arrastrando al interior de su boca la untuosa sensación del lápiz labial. Ella se arrebujo en la silla ocultando pudorosamente un escalofrío que le erizó la piel y el pelo de la nuca de aquella media melena rebelde “al modo charleston”, que encendía los ardores y la imaginación de Guillermo y que le confería a Tulia un halo de independencia y seguridad en sí misma, a la vez que la emparejaba con sus muy admiradas escritoras y militantes sufragistas de la época.

Tulita lo miró con amor y le dijo con suavidad, deslizando sus palabras, con aquella voz grave y sensual que completaba su personalidad:

–Guille querido, llegaste tarde, la clase de filosofía del derecho empezó hace 45 minutos.

–Y vos... ¿qué hacés aquí? ¿Por qué faltaste a clase? —respondió socarronamente Guillermo.

–Porque me moría por verte, bobo. Soñé la noche entera contigo y tus caricias y eso pudo más que mi voluntad de no perderme la elocuencia magistral del maestro Vaz Ferreira.

–Vamos a perder el curso —afirmó con gravedad impostada Guillermo.

–Mejor así. Disfrutaremos un semestre más la sabiduría del maestro. Vaz Ferreira es irresistible y sorprendente, clase a clase. No da el tiempo para asimilar toda su riqueza y su profunda reflexión. Repetir el curso más que un castigo sería una bendición.

Guillermo sonrió comprensivo y asintió gravemente con la cabeza. Buscó al camarero y pidió un café con leche con dos polvorones: uno de vainilla y otro de cacao.

Acercó su boca al oído de Tulita y al tiempo que le mordía suavemente el lóbulo de la oreja, canturreaba: “pero hay una melena, de azabache oscuro, que es una fortuna: la de mi tesoro... Pero hay una melena, que me vuelve loco, y es su melenita, por la que doy todo” y adaptaba así un foxtrot —dedicado a una melenita de oro— muy de moda en esos tiempos, en el Montevideo de los años locos.

Reía Guillermo, y Tulita le besó tiernamente las manos entrelazando sus dedos como alianza inseparable. Cuando paró de canturrear, Guillermo la miró a los ojos y le dijo:

–Mi “morocha del abasto” cada vez más hermosa y sensual. —Y mirándola a los ojos, sacando la voz de lo más profundo de su caja torácica, le zampó irreverente—: ¡Sos una guacha divina! Me encendés como una yesca, estoy a punto de descoser todos los botones de mi bragueta, de tanta pasión contenida. ¡Vamos al *buló*!

–Pero si recién pediste el café con leche —protestó de modo muy poco convincente Tulia.

–¡Gallego! ¡No me traigas nada! Se me hace tarde, nos surgió una urgencia. ¡Chau Gaita!. Si ya está pedido dáselo al *canilla* y ponelo en mi cuenta.

Salieron como corridos por un fantasma por la puerta del costado del bar. Caminaron por Tristán Narvaja hasta el cruce con la calle Paysandú y allí se metieron en un edificio de apartamentos viejo y medio arruinado, propiedad del padre de Guillermo, que tenía para renta. En secreto, Guillermo y tres amigos le habían alquilado la unidad 17 del tercer piso y medio, al final de las escaleras –en realidad la buhardilla de la construcción– y además la más difícil de colocar, por pequeña y por el esfuerzo de subir hasta allí, casi cuatro pisos–, valiéndose de un testafarro desconocido por el propietario. Cada uno de los tres amigos lo compartía con su novia, utilizando un sistema de señales debidamente oculto en el buzón, donde también escondían un juego de llaves adicional, por si en algún momento surgía una oportunidad inesperada. Un cordón verde significaba “disponible” y uno rojo “ocupado”, así de simple.

Jadeando, no tanto por el esfuerzo de subir las escaleras, sino presagiando el color del cordoncito anudado al buzón, Guillermo y Tulita llegaron a la puerta entre besuqueos y caricias cada vez más atrevidas.

–¡Grande nuestra suerte, cordoncito verde, amor! No hay nadie. Entremos.

Cambiaron el color del cordón por rojo y entraron, como ladrones, en punta de pie. Ninguno de los dos sabía por qué. Abrieron la puerta muy despacio ya que chirriaban las bisagras y era mejor que los vecinos del entresuelo de abajo no se enteraran de la visita del hijo del dueño.

Se desnudaron con urgencia entre besos y mordiscos, mientras atravesaban el livincito de tres metros hasta el dormitorio. Hicieron el amor cuatro veces aquella fría tarde de invierno, hasta ya entrada la noche. Tulita, como alumna avanzada de escribanía, tenía ciertas libertades en su casa familiar y podía llegar hasta pasadas las diez de la noche, mientras estuviera entregada al estudio. Nada muy común en aquella sociedad pacata que cuidaba tanto las apariencias. Pero Tulia pertenecía a una familia de ideas muy liberales para la época.

El bulín era limpio. Cada socio se comprometía a mantenerlo en ese estado, aseándolo después de su uso y cambiando la ropa de cama y las toallas que una vez al mes retiraban para llevar al lavadero. Había varios juegos de sábanas, desde de algodón egipcio hasta de seda natural italiana, pero faltaba abrigo. Solo una frazadita a cuadros, tejida a croché por alguna abuela, estirada sobre una cama turca bastante desvencijada, dicho sea de paso, por el obvio ajeteo de seis amores juveniles que alternaban sobre sus elásticos, y unos cuantos años de servicio.

Hacía frío en aquel dormitorio sin cortinas, pero ni Tulia ni Guille sintieron el escozor de la baja temperatura ya que todo el calor de su pasión veinteañera la levantó rápidamente. Se amaron, se besaron, se mimaron y se enamoraron con cada orgasmo profundo, gutural y compartido. Como siempre que hacían el amor en aquella buhardilla de Tristán Narvaja entre Paysandú y La Paz, la pasión dejaba luego espacio para la adoración y la contemplación mutua de sus cuerpos desnudos y húmedos de sudor. Sus ojos se buscaban tanto como sus manos. En esas miradas profundas, serenas y amorosas fraguaban su amor, su compromiso y su entrega hacia una nueva pasión.

Tres años después se casaron. Guillermo, abogado y Tulita, escribana. La ceremonia fue en la iglesia de los Padres Carmelitas, en la calle Irigoytía, en El Prado, la fiesta por todo lo alto y con gran profusión de comidas y bebidas, en el Jardín de la Cerveza en Burgues y bulevar Artigas. Luna de miel en Río.

Seis meses después nació Santiago, alarmando a las dos familias por lo prematuro del alumbramiento, a pesar de que pesó tres quilos trescientos gramos y dejó a su madre agotada por el esfuerzo.

Año y medio más tarde nació Soledad, después Francisco, Mariana y finalmente Renata. La casa que heredó Guillermo de sus padres, en la calle Lucas Obes, se llenó de juegos, risas de niñas y niños, propios y ajenos. Ladridos de perros, casi todos recogidos de la calle y adoptados por diferentes miembros de la familia. Al poco tiempo, casi sin percibirlo, los niños empezaron a volverse adolescentes. Autitos de latón, muñecos y muñecas, soldaditos de plomo, paletas de pimpón, monopatines, casas de muñecas y juegos de cocina fueron sustituidos lentamente por libros, cuadernos, carpetas, tablas de dibujo, discos de vinilo de Elvis Presley, The Beatles, Los Shakers, The mammas and the papas, Rolling Stones y un equipo de música *hi-fi*, que animaba bailes en casa y amoríos en los jardines los sábados a la noche. Imbatibles se mantuvieron en el jardín las pelotas de fútbol, básquetbol y rugby.

Frecuentaban la casa decenas de adolescentes, liceales algunos y otros ya alumnos de facultad. El clima político en el país se iba tensando cada vez más y la familia no estaba ajena a la efervescencia social y política que vivían sus hijos y sus amistades. Poco a poco los símbolos fueron cambiando. La música que sonaba ahora giraba en torno a Quilpayún, Los Olimareños, Zitarrosa, Daniel Viglietti. Las imágenes del Che y de Ho Chi Ming se mezclaban con la de Cristo coronado de espinas y así invadieron los cuartos juveniles. La familia entera se fue comprometiendo con la iglesia social, la iglesia de los pobres y con la Teología de la Liberación.

Una ola espiritual recorría el espinazo de la Iglesia católica latinoamericana como una convulsión y la palabra de los evangelios renovada en Cristo a partir del compromiso por los pobres se derramaba desde los templos y hacia el pueblo de Dios en homilías cada vez más encendidas. Ese compromiso exigía entre otras cosas tomar posición contra los opresores del mundo, los opresores de los pobres, sustituir al capitalismo por un verdadero socialismo apoyado en los valores de Cristo. La Iglesia latinoamericana estaba alumbrando al “hombre nuevo”. Hombre nuevo en Jesús, forjado desde una experiencia de trabajo con y por los pobres, de rechazo a la injusticia, y de valoración de los oprimidos como creadores de su propia historia y superadores de sus sufrimientos, todo ello desde la fe y a través de la acción directa. La salvación es con todos, predicaban los curas y obispos.

Lentamente este espíritu se difundió también por todos los rincones de la casa de la calle Lucas Obes y documentos como el Manifiesto de los dieciocho obispos, la encíclica *Populorum Progressio* predicada por SS Pablo VI y los escritos de Dom Helder Camara, el arzobispo rebelde de Olinda y Recife, más los documentos emergentes de la CELAM, eran lecturas personales y familiares preferidas por aquellos momentos en aquella casa. La familia comenzó a vivir con intensidad un nuevo tiempo, que incluía la denuncia profética de la injusticia como actitud de servicio hacia los pobres, la fraternidad sin privilegios con vecinos, hermanos y desconocidos, el comportarse dentro de lo posible de la forma que se proclama y la alegría de servir al prójimo como modo de vida. Padre y

madre siguieron a sus hijos en aquella nueva manera de concebir la fe, lo cual los fue llevando a alejarse de varios amigos de antaño y a cosechar diversos amigos de hogaño.

La radicalización desde la fe provocó en Santiago, Soledad y Francisco un compromiso cada vez más militante por los desvalidos y de trabajo social y político en los “cantegriles y asentamientos”, donde prácticamente vivían, alternando así las horas de facultad, con las de servicio a los más humildes. La vida de Jesús, y su caminar junto a los pobres y desheredados enfrentando al poder, iluminó las acciones directas que jóvenes cristianos radicalizados realizaban en contra de las autoridades dictatoriales de entonces y del establishment económico, financiero y comercial.

Santiago –estudiante de medicina– desapareció varias semanas, nadie sabía su paradero. Guillermo y Tulia lo buscaban discretamente. Hablaban con los curas de Peñarol y del Cerro o Maroñas. Lo buscaban en las villas marginadas de aquellas barriadas humildes laboriosas y populares. Lo hacían con paciencia y tino. Poco podían averiguar, pero sabían que no estaba preso. Imaginaban con temor y ansiedad sus opciones de vida. La lucha de policías y militares contra la guerrilla urbana estaba muy violenta. Hacían falta médicos, o casi médicos, para atender heridos en la clandestinidad. Después de unos días de angustia Santiago volvió como si nada. Alegre, descontraído, bromista como siempre. Jamás habló de su ausencia y de su paradero. Nadie se lo preguntó.

Guillermo, a su vez, trabajando como abogado desde la Vicaría de la Solidaridad se comprometió profesionalmente con la defensa de los detenidos por la dictadura y con brindar apoyo a las familias con hijos desaparecidos.

Una vez Santiago volvió a desaparecer y lo encontraron detenido e incomunicado en un cuartel de Paso de Los Toros. Guillermo poco podía hacer por liberar a su propio hijo. Por fin, después de cinco meses y diez días, la justicia militar lo dejó libre. Volvió a casa maltrecho, hosco y desconfiado. Se encerró en su mutismo hasta que con amor y perseverancia, sin reproches ni preguntas Tulia y Guillermo lo sacaron de su encierro.

Mientras tanto, Francisco militaba en la parroquia Tierra Santa con uno de los GAU (Grupos de Acción Unificadora), perseguidos por la inteligencia militar y policial: ya había dado cuenta de tupamaros y comunistas y ahora iba por ellos. Se refugió en el Seminario durante varias semanas, y un día que llegó a su casa anunció a la familia en pleno que se “metía de cura”, y así fue sacerdote por el resto de su vida.

Soledad se exilió voluntariamente por un tiempo en Portugal, donde pronto se encontró con un exsacerdote (al menos así era la historia que ella contaba) con el que se ennovió y con el que más tarde se casaría. El excura colaboraba en su patria con la Revolución de los Claveles. Tiempo después su esposo asumiría responsabilidades de gobierno en la alianza comunista y socialista que gobernó el Portugal posdictadura. Al cabo de algunos años volvieron al Uruguay. Él como embajador, Soledad como escritora.

Al mismo tiempo, en Montevideo, Santiago se recuperó de las secuelas del cuartel y las torturas. Se recibió de médico y ginecólogo, se ennovió con una joven médica de clase alta, algo mayor que él, con menos compromiso social y ninguno político, pero mucha rigurosidad profesional, excelencia académica y bastantes más ambiciones económicas y empresariales. Sus padres, banqueros, católicos y conservadores. Ella pronto combinó la medicina con las técnicas para la administración de empresas orientadas a prestar servicios de salud, con la aplicación de altos estándares técnicos y científicos, equipos de última generación y una gestión importada de Harvard, y se focalizó en los sectores más

pueriles de la sociedad, no solo montevideana sino también –y sobre todo– porteña. Abrió una clínica de fertilidad y reproducción asistida en Punta del Este y asoció a Santiago, con quien muy poco tiempo después se casó y se mudaron a Maldonado. Santiago, como ginecólogo, comenzó a traer niños ajenos al mundo, y también propios, y a poblar así de hijos la familia. Había pasado la tormenta.

Dice el tango: “Veinte años no es nada”.

Pasaron dos décadas desde aquella época fermental, intensa, arriesgada, perlada de miedos y ausencias, esperanzas y reencuentros. La vida se encauzó por derroteros menos heroicos y mucho más burgueses. Mientras sus cinco hijos construían sus propias vidas, Guille y Tulita volvieron a disfrutar más plenamente de sí mismos y de su mutua compañía. Si bien por razones profesionales y secuelas de sus posiciones políticas, su situación económica no era precisamente holgada, priorizaron el disfrute de la vida juntos. Comenzaron a viajar por el mundo, a gozar de la cultura y el arte, a disfrutar de nietos y a sentir una íntima plenitud en la madurez. Aún en los períodos de mayor zozobra se siguieron amando ardorosamente –diríamos que en la angustia, la sublimación del amor era el bálsamo que más los unía y que más les daba el valor para encarar cualquier adversidad–. Tulia era esposa, madre y abuela, en ese orden de prelación. Ella no se atrevería a decirlo, pero incluso antes que esposa siguió siendo siempre fiel amante, creativa, juguetona, inventora de aventuras de alcoba en las que invertía una imaginación envidiable. Velas, sahumerios, aceites perfumados, masajes eróticos, y hasta yoga y meditación eran excusas para alimentar de erotismo y de amor el íntimo conocimiento que Tulia y Guillermo tenían uno del otro.

Cada vez que Guille la desnudaba en la intimidad de su dormitorio –y era así, efectivamente, cada vez– embelesado a la vista de sus senos de areolas rosadas, le susurraba: “guacha divina”, mordiéndose provocativamente el labio inferior con sus incisivos.

Tulita a sus cincuenta años era una mujer hermosa. Morocha de pelo renegrado y lacio, sin una sola cana. Carnes firmes, elegante y con una gran clase y donaire. Parecía una andaluza con su cabello estirado recogido siempre en un moño alto. Sus ojazos negros grandes, expresivos, cautivadores, esa voz grave y sensual acariciadora. Era de carácter firme y decidido, peleaba como una leona por los suyos y por lo que creía. Sensible para los fracasos, solía reponerse rápido, aunque en su interior le quedaran cicatrices. No perdonaba la deslealtad y sí era fiel con sus verdaderos amigos. El tiempo cicatrizó heridas dejadas por los momentos convulsos, y la familia y los amigos volvieron a frecuentarse en la casa solariega de El Prado. Amigos de antaño y de hogaño, como debe ocurrir con una vida que siembra bondad y certezas, aunque quizás en el momento preciso de la siembra estas no sean bien comprendidas.

Tulia nunca fue la “señora de tal”. Nunca fue la “mujer de Guillermo”. Tulia siempre fue Tulia, con su fuerza, con su valentía, con su garbo. Cautivante y cautivadora, brava en el salón, más aún en el despacho, y dulce y entregada a su único amor en la intimidad del dormitorio. Pícara y sagaz, a la vez que circunspecta y reservada, pero siempre alegre y optimista.

Guillermo recuperó clientes que se marcharon de su estudio cuando se dedicó con toda su alma a apoyar la Vicaría de la Solidaridad y a defender presos políticos sin preguntar pelo político o creencia, y sin medir riesgos. Estuvo detenido y eso le costó posiciones en la barra vernácula de abogados que, como solía decir Guillermo, estaban “más para cuidar

su culito” que para defender la justicia frente a la arbitrariedad y el totalitarismo. Él mismo estuvo detenido incomunicado en Cárcel Central ochenta y siete días sin causa abierta y sin acusación clara.

–Los conocidos van y vienen –solía decir a sus hijos cuando estos le hacían ver la lejanía y el vacío social que algunos amigos y colegas le hicieron a él y a su familia durante y luego de su detención–. Los amigos de verdad están siempre cercanos, mucho más que los parientes. Aunque, de todas formas, es lo de menos. Hay que estar preparado para consolar, más que para esperar que lo consuelen a uno.

Así fue, y tuvieron que pasar varios años, incluso después de terminada la dictadura, para que Guillermo recuperara clientes y una estabilidad profesional y económica como prometía su carrera de abogado penalista en los primeros años. Fue el trabajo abnegado y eficaz de Tulia como escribana, atendiendo casi las veinticuatro horas del día y sin fin de semana, a sus clientes más fieles e incluso ampliando la clientela a empresas constructoras e inmobiliarias, lo que permitió a la familia superar –no sin zozobras económicas– 12 años oscuros de privaciones donde el primer objetivo fue la educación de los hijos y, luego que estos ya se encaminaron, disfrutarse mutuamente llenándose el alma de y regocijándose la vista con las bellezas de Roma, Florencia, Madrid o Barcelona. La casa de El Prado, en cambio, se deterioraba a ojos vista, pero la distancia entre arreglarla y mantenerla, dados los ingresos y prioridades de la familia, se hacía cada vez más insalvable y claramente no pasaba por los ladrillos. Además, y al mismo tiempo, comenzó a vaciarse de hijos y de amigos de los hijos.

Otros veinte años pasaron. La casa de Lucas Obes definitivamente quedó sin hijos, y cada vez más piezas y baños pasaban a la categoría de inhabilitados por roturas y falta de mantenimiento. No obstante, casi todos los domingos, cumpleaños, Navidad y sobre todo Pascua, se iluminaba, se engalanaba con flores, olía a pan y bizcochuelo recién horneado y el jardín se inundaba de ese tan particular perfume a leña quemada que presagiaba el clásico cordero a las brasas que la ya numerosa familia compartía en esas fechas. En la casona se mantenían, enhiestas y acogedoras, la barbacoa de los asados familiares, el escritorio de Tulia y Guillermo, con su estufa a leña prendida ocho de los doce meses del año, sus mantas y sillones, sus decenas de libros compartidos y de lectura simultánea entre ambos que derramaban desde los anaqueles y se desparramaban por mesas, mesitas, sillones y sillitas, el comedor y la cocina y, claramente, el dormitorio marital en suite, donde ambos se siguieron amando con pasión a pesar del tiempo transcurrido.

Tenían 19 nietos. Francisco, sacerdote en la diócesis de Salto, Mariana, monja de retiro enclaustrada en Solymer, los otros tres hijos con matrimonios prolíficos, aunque Soledad poco estaba en Uruguay, ya que su esposo, el portugués, ex - sacerdote y exmilitante comunista, ingresó en el servicio exterior de su país luego de consolidada la Revolución de los Claveles y el régimen democrático lusitano, y recorría el mundo como diplomático. De todas formas, en medio de ese periplo, por siete años había logrado estar de representante en este, el país de su esposa.

Aun así, la casa familiar de El Prado les quedó grande y ya eran más las habitaciones cerradas y techos y paredes descascaradas que el confort que les brindaba a los dos –ya casi ancianos– habitantes. Sin embargo, se negaban a abandonar aquel bastión de amor, rebeldía y felicidad.

Orillando ya los setenta años, o mejor dicho, pasando la orilla un par de años, y a pesar de los achaques, se seguían amando con la misma pasión y curiosidad que en el *bulo* de Tristán Narvaja y Paysandú. Guille se demoraba en las mañanas y en las tardes de siesta acariciando todo y cada rincón del cuerpo de Tulia, apenas con el roce de sus yemas, recorriendo aquella piel querida a cuya textura y perfume se había acostumbrado como al agua que bebía y al aire que respiraba. Una angustia muy secreta lo atenazaba. Jamás podría vivir sin aquella mujer, aquella heroína, aquella amante a su lado. Si ella faltara, él sería incapaz de seguir viviendo solo, sin aquel roce de su piel debajo de sus hábiles dedos que encendían en suspiros y gemidos la pasión otoñal de Tulita.

Cinco años después, Santiago, el primer hijo médico, murió de cáncer de próstata y dejó a sus cinco hijos ya adultos y encaminados en la vida. Tulia y Guille tenían tres bisnietos. No obstante, Santiago dejó un vacío en el corazón de Tulia y una brasa de rebeldía en el de Guillermo. Rezaron, meditaron, peregrinaron y asumieron así la vida como la muerte. Agradecieron por sus nietos y bisnietos y por la vida de su hijo, pero la pena anidó como una araña cruel en un rincón oscuro de sus corazones, extendiendo una tela de opacidad y tristeza en sus miradas.

Meses después nacía el vigésimo nieto y el cuarto bisnieto, y la marejada vital siguió irrefrenable salpicando, con el agua y la sal de la vida, el alma de aquella familia. No obstante, la congoja asaltaba de improviso el corazón de Tulita y hacía trastabillar a aquella mujer guerrera que solo encontraba consuelo en los brazos de su amado Guillermo, en silencio, sin reproches, sin quejas, pero con el corazón transido de dolor.

Pasando los ochenta años, entre rezongos y rabietas, Tulia y Guillermo dejaron finalmente su casa de El Prado, después de que un temporal de viento volara las vigas y tejas de una parte del techo que cubría el otrora salón de juegos, lavadero y dependencias de servicio. Este fue el punto final que hijos y nietos adultos pusieron para el traslado de “los abuelos”. Habían dejado de ser Guillermo y Tulia hacía ya varios años, puertas afuera de su casa y en su intimidad, pasaron a ser “los abuelos”, *capitis deminutio* cariñosa con la que los rebautizó la familia. Se mudaron a un moderno departamento en el barrio del Cordón, en 18 de Julio y Barrios Amorín. Su alma, en vano, quedó entre las paredes, arbustos y enredaderas de jazmines de la calles Lucas Obes.

Una tarde soleada de agosto –un 25 de agosto para ser precisos, con la ciudad embanderada con los colores patrios–, tomados del brazo, caminaron despacito por la avenida 18 de Julio, así engalanada. Caminaban erguidos, elegantes, la mirada clara y despejada, con una sonrisa en sus labios y un particular donaire contagioso y juguetón. Saludaron a los porteros del barrio e incluso a desconocidos que los miraban desde una asombrada admiración sin saber por qué. Seguramente por algo que aquella pareja transmitía en derredor sin proponérselo.

El paso firme, el andar sereno pero decidido. Caminaron así tomados del brazo las ocho cuadras que los separaban de Tristán Narvaja. Cruzaron la avenida, el Gran Sportman ya no era el mismo de sus recuerdos. Doblaron hacia la izquierda, descendieron la pendiente de la Cuchilla Grande hacia la calle Paysandú.

Como de entre una bruma espesa y azulada, extraña para esa hora de una tarde diáfana y soleada, apareció el viejo edificio de apartamentos, descascarado pero enhiesto, aquel donde Guille alquilaba el *bulo* sesenta años atrás. Subieron despacito las escaleras hasta el piso tres y medio. La chapita esmaltada indicaba en la puerta de la buhardilla el departamento número 17. Guille buscó el cordoncito verde y ¡oh albricias! lo encontró

anudado en el buzón. Tanteó la puerta, esta cedió, empujó y entraron sin hacer ruido, por temor a que los vecinos escucharan. Cerró la puerta tras los dos y le dio un apasionado beso en la boca a Tulia, largo y profundo, y ella le devolvió el beso, abrazándolo y acariciándole la nuca, revolviéndole el cabello con sus dedos largos. Luego, prolongando el beso, las manos de Tulia buscaron como ardillas traviesas la entrepierna de Guille. Este la estrechó amorosamente y, en forma imperceptible, como bailando un vals, la deslizó los tres metros que los separaban del dormitorio. Allí estaba su desvencijada cama, con sus sábanas de seda inmaculadas y su frazadita de croché a cuadros, cruzada a los pies. La desnudó despacito con pasión contenida, le besó los pechos, se tumbaron en la cama y alcanzó a susurrarle casi con un aliento final y definitivo: “guacha divina”. Tulia alcanzó a escucharlo.

–¿Cómo fue tu vida? –preguntó el Espíritu de la luz al alma que llegó hasta el seno de la claridad infinita.

–Larga, intensa y serena –contestó el alma.

–¡Bendita seas! –dijo el espíritu al alma–. Repárate y descansa, difumínate en la luz, recoge tu sabiduría y prepárate para un largo viaje, cuando una vez más te convoque.

–Qué así sea –contestó el alma a la vez de difuminarse e integrarse a la luz.